

DEL MES DE TAMUZ EN EL SIGNO DE CÁNCER.

Tamuz es el cuarto mes en el calendario judío. Nisán, Iyyar, Siván, Tamuz.

Contando hasta cuatro, se ha llegado a un límite. No es necesario contar más. Porque más allá está el secreto y es imposible alcanzarlo. Es y sigue siendo un secreto. En el hebreo, *sod 60-6-4*, secreto. *Yesod, 10-60-6-4*, fundamento. El fundamento permanece oculto. Allí en el fundamento, en el secreto, está nuestro hogar, nuestra casa. La Casa de Dios.

En el cuarto mes, en Tamuz, aún no se toca la Casa de Dios, el secreto. En Tamuz se llega hasta el umbral mismo de la casa. Solo en el quinto mes, en *av*, también la Casa de Dios se descubre y se destruye. En el cuarto mes se llega tan lejos que sólo queda el secreto. Todo lo demás está al descubierto, todo lo demás ha sido aniquilado.

La escuela de Pitágoras conocía la costumbre de permitir a un estudiante contar hasta cuatro en su iniciación. Y cuando decía *cuatro*, se le decía: *Cállate ahora; has dicho todo lo que puede decirse, ahora estamos ante el secreto. Y el secreto solo puede entenderse en el silencio.*

Se conocen también los cuatro elementos, los cuatro reinos y los cuatro exilios. Y se conoce el *cuatro* como la seña del árbol del conocimiento. Con el *cuatro* se ha alcanzado todo en cuanto a conocimientos. Porque el camino que va más allá, al árbol de la vida, está cortado. El árbol de la vida, el *cinco*, es y sigue siendo un secreto. Igual que la Casa de Dios es y permanece siendo un secreto, no nos es familiar para nada. Hasta que en el quinto mes, el mes de *av*, también la Casa de Dios cae y es destruida.

Ahora en el cuarto mes se ha alcanzado todo, el círculo se cierra.

Es el principio del verano. El sol ilumina todo, todo es visible con gran nitidez. Nada puede esconderse de la luz del sol. Es un tiempo de arrogancia, de soberbia del ser humano. Ya no hay oscuridad, se puede salir al mundo. Ya no hace frío, el mundo se vuelve acogedor. Y se puede recoger la cosecha. ¿Quién quiere esconderse? Es el tiempo de terminar con esas costumbres pasadas de moda. Moisés ha estado fuera demasiado tiempo, allí en el Sinaí. Se ha esperado su regreso tiempo ha. Se ha alejado cada vez más, y eso no está bien y tampoco es lógico. Ahora, en este mundo claro y transparente donde todo es visible, debería volver. No será nada raro que se le olvide.

Se comienza también a malentender la palabra *shèmèsh, 300-40-300*, sol. Porque la misma palabra significa también *siervo*, aquel que sirve. ¿Servir a quién? Nosotros nos servimos de la luz. Que el sol pudiera ser siervo de otra cosa, quizás el siervo de Dios, no podemos ni imaginarlo. Que Dios utilice el sol y lo guíe, sobrepasa nuestro horizonte. El sol funciona según la ley, su recorrido puede calcularse. Y si podemos calcular algo, lo dominamos. El sol nos sirve a nosotros. Con la energía solar construimos nuevas técnicas y eso es lo que cuenta.

Pero la pregunta se impone: ¿Para qué el mundo, para qué todas las estrellas, el amor, los sentimientos? Pero no interesa. Lo que interesa es construirse una vida confortable puesto que todo está a nuestra disposición para usar y tirar.

Así, el mes de Tamuz refleja una condición en la que sentimos haber llegado a la cima. Nos estamos acercando a un límite, nos acercamos al secreto. Así que ¡coraje y adelante!

Y sin embargo, algo podría hacernos dudar: el nombre *Tamuz*. Porque no es un nombre propio hebreo. ¿Cómo puede ser que el nombre de un mes venga de fuera? Incluso de un dios de los pueblos, de un dios que existe en el exterior. Pero tal vez también eso tiene su sentido. Nada entra por casualidad a un idioma. Decimos con demasiada rapidez *eso es casualidad*, cuando no podemos ni queremos buscar una explicación.

Tamuz es el nombre de un dios y tiene que ver con la imagen de un hombre hermoso. Un joven de gran belleza, un Adonis. ¿Contiene este nombre acaso algo de lo que sucede en el mes de Tamuz? Porque alrededor de este nombre en la tradición judía a lo largo de los milenios se ha cavilado mucho buscando respuestas al enigma.

Así, con razón como veremos, se ha leído el nombre al revés. Tamuz se escribe 400-40-6-7, y se ha leído *sumat 7-6-40.400*. *Su mat*, esto es la muerte. Y de hecho la muerte juega un papel determinante en Tamuz. Es el silencio que sigue al recuento del cuatro. Porque si un alumno cuenta uno, dos, tres y llega al cuatro, se le dice que calle. Lo que sigue es el silencio de la muerte, es el silencio porque el secreto no puede contarse ni en números ni en relatos.

Y ciertamente con ese joven de gran belleza se ha llegado a un límite. Y entonces el nombre *su mat*, es decir la muerte, encaja bastante bien.

El signo zodiacal que corresponde al mes de Tamuz, *sartan*, 60-200-9-50, cáncer, también puede decirnos mucho. Como curiosidad, siempre se ha dicho que los cangrejos pueden avanzar tanto como retroceder, gracias a los tres cuernos que tienen en la cola. Y el movimiento hacia atrás tiene su significado en el mes de Tamuz.

En la tradición se señala también que el alimento del cangrejo son los peces pequeños, y se refiere al banquete final cuando ya no podrá comérselos. Siguiendo las palabras de Habacuc 1,14: *Haces al ser humano como los peces en el agua, como reptiles que no dominan el entorno*. La imagen de Ezequiel 29,3 dice que Faraón, ese *tanim*, ese cocodrilo, será destruido. Las dos imágenes muestran el final de una etapa de peligro.

Y se ha pensado aún más respecto al nombre *sartan*. Se percibe, por ejemplo, una afinidad fonética con el nombre hebreo *Satan*, el adversario, Satanás. Porque la primera letra, la letra *sin* de *Satan* tiene la misma pronunciación que la letra *samej* de *sartan*. Y la letra *samej* se refiere a una serpiente de agua. Al mismo tiempo sin embargo, en el Salmo 145, la letra *samej-60* se sitúa anterior a la *nun-50*. Contrariamente a la secuencia causal.

Samej es una letra hebrea, cierto, pero la palabra en sí significa *apoyo, sostén, respaldo, soporte*. En el Salmo 145 citado, las letras hebreas aparecen según su orden al principio de cada versículo. Pero antes de la *nun-50* vemos la *samej-60*. Concretamente está escrito allí: *somej haShem lejal hanofling, Sostiene haShem a todos los caídos...* anteponiendo la *samej-60* de sostener a la *nun-50* de caer.

En la tradición judía se dice que Dios allí invierte el orden para que el apoyo no llegue demasiado tarde, que no llegue después de la caída. Pero el remedio llega antes que la enfermedad. Por muy mala que parezca la situación, la salvación está desde el principio mismo. Desde antes de la creación. Antes de que llegue el golpe, la curación ya está.

Ese es el sentido del cangrejo. Tiene la facultad de ir hacia atrás. Puede anteponerse a la *nun-50*. Es toda una maravilla.

En el mes de Tamuz hay acontecimientos catastróficos. El 9 de Tamuz, la ciudad de Dios, Jerusalén, cae y es profanada por Nabucodonosor. El 17 de Tamuz, 490 años después, Jerusalén es de nuevo profanada bajo el reinado de Titus. Y el mismo día, el 17 de Tamuz, surge ese *egel* 70-3-30, ese becerro de oro, ese círculo en el desierto, como respuesta de Israel a la Revelación de la Palabra, el regalo de la Torá.

El becerro es ese joven hermoso de apariencia divina, el dios Tamuz. Y todos aplauden y gritan (Éxodo 32,4): *Ese es tu dios, Israel, que te ha sacado de Mizraim*. Están tan subyugados por su belleza que ni siquiera saben que están pecando.

La palabra hebrea *egel*, becerro, puede traducirse también como *círculo*. Todo coincide, es la verdad. Se escucha la voz de *Satan*, pero es *sartan* que ataca, que devora al pez pequeño antes de tiempo. Y otras cosas malas suceden. En el mes de Tamuz termina el sacrificio cotidiano *tamid*, 400-40-10-4, permanente.

Siempre se ha podido acercarse a Dios en su Habitación en Jerusalén. Pero esto ahora termina. Ya no sucede como algo de sí mismo. Estamos ante un nuevo mundo, un nuevo ser humano. *Tamid* significa *siempre*. Se ofrece el sacrificio del cordero, por la mañana y por la tarde, *siempre*. Pero ahora en el mes de Tamuz, después de que los pueblos han conquistado a Jerusalén, ya no es posible. Según la ley, Israel y Yehudá deberían haber encontrado su fin allí. Pero igual que en el Salmo 145, donde la letra *samej-60* llega antes de *nun-50*, el tiempo no avanza como de costumbre. De repente lo posterior está antes, en contra de la ley el 60 está anterior al 50.

Y el pueblo en el desierto está encantado con ese dios Tamuz, no se da ni cuenta de lo que está sucediendo. Conscientemente afirmarían que nunca se haría algo tan estúpido y mezquino, no se enloquece de golpe. Aunque así es. Ese joven hermoso, ese Adonis, convence desde un lugar oculto dentro de nosotros mismos. No somos conscientes de que nos viene, que es la consecuencia de la totalidad, de la suma de nuestra vida, de nuestro Ser. Tenemos muchas veces pensamientos, deseos y sueños que podrían mostrarnos que en realidad somos muy diferentes de cómo nos percibimos conscientemente.

El dios Tamuz, el círculo, puede dominarnos porque solo vemos lo exterior, lo que la mente consciente nos señala. Solo vemos con qué inteligencia y honestidad actuamos y eso, porque hemos desalojado ya y estamos desalojando lo otro de continuo. Y seguidamente decimos: no veo nada de Moisés, no veo nada de nada de Dios. Pero sí veo la lógica y la causalidad, veo a un dios joven y brillante. Este nos conducirá, porque solo por él hemos llegado a ser lo que somos.

Así se piensa. Se mira, se toma nota, se construyen teorías y filosofías. Y nadie se preocupa por las cosas verdaderamente importantes: la eternidad, la muerte. Es la consecuencia de la toma del fruto del árbol del conocimiento y de vivir aquí en el exilio.

De los hijos de Jacob es Yehudá, Judá, el que acompaña a este cuarto mes. Él mismo es también el cuarto hijo. ¿Por qué justamente Judá allí donde el signo de Cáncer está en el cielo? Cuando Moisés recibe las Tablas del Testimonio (Éxodo 32,15), Yeh'shúa está con él, y Yeh'shúa, Josué, es de Efraín, de la tribu de José.

En la tradición no se olvida que Judá ha vendido a José. Y cuando Moisés recibe las Tablas de Dios, Yeh'shúa está con él y oye el ruido en el campamento, ese estruendo alrededor del becerro de oro, del hermoso joven Tamuz. Pero se sabe ya, por la bendición del padre Jacob, que el rey vendrá de Judá. Se sabe que David vendrá de Judá y se sabe del hijo de David, del ben David, del Mesías. Pero allí donde se genera la caída, Judá está en el centro. Pero poco antes se cuenta

en la Torá que la habitación de Dios será construida por Bezalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá. Dios le ha llamado por su nombre *Bezalel 2-90-30-1-30*, que significa: *en la sombra de Dios*. Dios le ha colmado con el espíritu divino, con sabiduría, inteligencia y conocimientos (Éxodo 31,3) para que construya la Habitación del cielo en la tierra.

La presencia de Dios está en peligro en el momento mismo en que se construye el becerro de oro. Creo que deberíamos ver más de cerca aquí el nombre y los hechos de Judá. ¿Por qué está Judá justamente en el mes de Tamuz? ¿Podría ser que se tratara de la curación anterior a la llegada de la enfermedad? ¿Del Mesías, antes de que sucedan todas las desgracias del mes de Tamuz? ¿Una inversión? El tiempo no solo avanza. Desde el principio, antes aun de que pudiera haber un principio, la curación está. El amor no puede existir si no regala todo el bien ya en el principio, en el fundamento, en el secreto. Como una sorpresa para aquellos que fracasan en su respuesta a este amor, que no pueden de otra forma.

El nombre Judá, Yehudá, se lo da la madre. Lea (Génesis 29,35) y significa *agradecer, alabar a haShem, al Eterno*. El ser humano experimenta su nombre en la vida. Es la peculiaridad de Judá que vive de tal forma que su vida es un agradecimiento y una alabanza perpetua de Dios. Pero eso no puede hacerse conscientemente; un nombre tiene su efecto desde lo oculto, desde el inconsciente. Entonces, el nombre está unido con el ser humano que lo lleva y la totalidad de su Ser está impregnado por él. Así, la vida de Judá es un agradecimiento permanente de Dios. Su comportamiento, cuándo y dónde sea, es la realización del nombre. El nombre expresa la esencia divina del ser humano.

Así, el nombre del hijo de Judá con el que comienza el linaje del Mesías, es *Pérez 80-200-90*, que significa ruptura, irrupción. Hacer brecha. Cuando la madre Tamar da a luz a los gemelos, se presenta Seraj en primer lugar, pero de repente Pérez irrumpe y le desplaza (Génesis 38, 28-30). Así, otra de las características de Judá, igual de inconsciente, es hacer brecha. La naturaleza iría por otros caminos, pero viene este Pérez y dice: *No me importa la naturaleza. Tengo que estar aquí, ¡y aquí estoy!*

Después en este linaje viene *David 4-6-4* de Judá. Su nombre viene de *dod 4-6-4*, amado, querido. En este caso entendemos mejor la vida vivida en conformidad con la esencia divina. Porque ¿qué significa ser amado? ¿Y ser amado por quién?

Sería una pregunta consciente. Pero aquí, en el caso de David, vemos que se trata de una vida guiada por la esencia divina. Porque se podría decir de él que ha tenido un destino complicado. Aunque llegó a ser rey de Judá y de Israel, no lo ha tenido nada fácil. Su madre, según la tradición, no era la mujer *oficial* de *Yishay, 10-300-10*, de Jesé, su padre. Y cuando el profeta Samuel llega a su casa, porque según la palabra de Dios debe ungir al rey ahí, Jesé le presenta en primer lugar a todos sus hijos oficiales. Nadie piensa en David. Y porque el futuro rey tenía que estar en esta casa a pesar de todo, y porque Samuel insiste, el hijo no oficial es finalmente sacado del establo. Una entrada nada brillante, ciertamente.

Y cuando es ungido y es rey, está Saúl que no puede comprender que Dios le haya quitado el reinado. Y como consecuencia, Saúl incluso quiere matar a su rival no deseado varias veces. Pero David respeta y ama a Saúl y a su hijo Jonatán. Y luego, cuando el reinado de facto recae en David, experimenta muchos sufrimientos. Pensemos solo en la desgracia con algunos de sus hijos, pensemos en guerras y persecuciones. Luego también en los acontecimientos con Bat Sheva y la muerte de su primer hijo con ella. Mucho queda sin realizar en la vida de David, que luego se promete a su hijo Salomón.

Entonces ¿qué es eso de ser *amado*? La tradición dice que David mismo sentía que su vida era la de alguien amado por Dios. Es un sentimiento inconsciente. Porque desde la mente consciente podría haber expresado muchas quejas. Pero se sentía feliz, sentía que debía dar las gracias a Dios en todo momento por todas las bondades y sorpresas recibidas.

Vemos aquí que un nombre se cumple en el lado eterno y que proyecta su dicha, sin duda, al lado corporal. Pero que no tiene sentido buscar el cumplimiento solo en el lado temporal, corporal. Lo eterno aún no puede expresarse plenamente en el tiempo. Solo será posible cuando los dos lados hayan contraído matrimonio.

El Mesías, hijo de David, se llama *ben David*, 2-50 4-6-4, y ciertamente tiene su razón de ser. Porque el hijo construye la vida del padre. *Ben* es *hijo*, y *boné* es *constructor*. *Binyan* 2-50-10-50 es una construcción. Todas estas palabras están relacionadas con el hijo, *ben*.

El hijo de David construye el edificio que David aún no puede construir en el tiempo. Aparecerá en el tiempo, sin duda. Es aquello que su antepasado Judá ha llevado en su nombre, ese agradecimiento, esa vida feliz, expresando en su comportamiento la dicha que desde la eternidad se traspasa al tiempo. Posibilitando la brecha, esa irrupción desde lo posible a lo imposible. Todo ello con un profundo conocimiento de que Dios solo puede amar al mundo y a toda persona.

Lo que el hijo construye, aparecerá como un edificio eterno, como una construcción permanente.

Significa que Yehudá, como nombre que acompaña al mes de Tamuz, contiene todos estos aspectos y toda la plenitud relacionada con su vida. Pero sabemos también que Judá toma la iniciativa cuando se trata de vender a su hermano José a Mizraim. Se dice de José que es seductoramente bello, en figura y rostro.

Sucede que el ser humano que es feliz desde la fuente de su Ser, podría tener la inclinación de olvidar todo lo demás, de no conceder importancia real a las cosas mundanas. Pero el Mesías debe aparecer aquí y mostrar lo eterno en lo temporal. ¿Es tal vez una incredulidad, una falta de fe en Judá? Entonces ¿para qué sirve este mundo? Dios lo ha creado y lo mantiene en lo más grande y en lo más pequeño. ¿Acaso la felicidad, ese agradecimiento inconsciente a Dios, hace a las personas sordas y ciegas a todo sufrimiento, a todo lo que no es redimido? Se dice del rico que no tiene ni idea de lo que el pobre tiene que sufrir y también, que el sano no puede empatizar con las penas del enfermo.

De un lado está la dicha de ser elegido, de otro lado la sensación de no tener nada que ver con todo lo que está ajeno a esta dicha. El infeliz es casi un estorbo.

La tradición cuenta que José se asociaba con los hijos de Bilha y Silpa (Génesis 37,2). Son los cuatro hijos de las criadas de Raquel y Lea. Se dice que es la modestia de José por lo que tiene relación con ellos y no con sus hermanos directos. También porque los hijos de Lea despreciaban a sus hermanos por ser de otras madres y los trataban como siervos, José llamó la atención del padre sobre esta mala actitud. Y por esta actitud frente a sus hermanos, se podían entrever otras malas disposiciones en sus vidas. De todo ello habló José con su padre para disgusto de sus hermanos, los hijos de Lea. Al final le odiaban e intentaban deshacerse de él, matándolo.

En el caso de José vemos un interés vivo por el mundo. Con la modestia que tiene, piensa que todo ser humano debe ser feliz. Quizás alguien esté solo, otro tal vez esté llorando. Le importa. Toda la criatura le importa. Mientras que Judá de Lea es feliz con su vida y agradece a

Dios su suerte. Esta es la diferencia entre Judá y José. Judá vive para sí, feliz, alabando y agradeciendo a Dios. El otro, sin pensar en sí mismo, se preocupa por el *cuatro* del mundo. Vive con ellos, los entiende, quiere que sean felices también. Y Judá es incapaz de entenderlo.

En la tradición se dice que José mostró al padre tres puntos en los que los hijos de Lea actuaban realmente mal. Uno de los puntos es *ever min ha jai*, lo que significa que se corta un trozo de carne de un ser vivo y se lo come. El animal sigue su camino. Es una imagen bíblica. Quiere decir que no se considera *un todo* como tal, se cree poder sacar una parte y usarla por separado. De la totalidad de la Biblia, por ejemplo, se sacan algunos versículos sin preguntar lo que significan en su conjunto. O se estudia la historia de la revolución francesa sin considerar sus efectos en el conjunto de la humanidad y del mundo. O se estudia la enfermedad del cáncer olvidando que el enfermo es un ser humano que tal vez podría ser eterno. Pero el estudiante es enteramente feliz con el trocito en mano.

El segundo punto mencionado por José es que los hijos de Lea traten a los hijos de Bilha y Silpa como sirvientes, como dependientes. Como a menudo se trata a los extranjeros como una clase inferior. Me refiero al extranjero de la nación, de la religión o de la sociedad. A José le molesta mucho, porque son personas, aunque en algunas sociedades no haya filósofos, o teólogos, o campesinos. José vive con el mundo entero. Le preocupa tanto un perro que sufre como un talmudista que sufre.

El tercer punto es que acusa a sus hermanos, hijos de Lea, de *arayot*, 70-200-10-6-400, de deshonestidad, de desvergüenza. No pensemos ahora solo en lo corporal; quiere decir que el ser humano se aleja de su propósito, es decir, de buscar la eternidad de la vida. Solo ve la utilidad de las cosas y si no sirven, se desechan. Se mide el valor del ser humano por su capacidad productiva, y los animales por la cantidad de leche, carne o piel que aportan. Estos son ejemplos de falta de comportamiento. ¿Para qué lo utilizas? ¿Para disfrutar? Entonces es una vida deshonesto, falta de vergüenza.

Lo que José observa en sus hermanos es el comportamiento que surge cuando se está satisfecho consigo mismo. Cuando se vive aislado. ¡Qué puede importarme si la gente sufre por sus tonterías! o ¡deja que los enemigos se hundan!

José ve los sufrimientos de la gente y también sus dichas. Pero Judá no conoce nada similar. Son dos posturas que están siempre en todo ser humano. También se conoce al Mesías hijo de José y al Mesías hijo de David.

Judá ha tomado la iniciativa en la venta de José; su postura es la siguiente: *¿qué pretende con ese parloteo sobre el mundo? Nosotros tenemos nuestro propio mundo. Los demás no tienen ni idea de lo mucho que contiene. Si se preocupa tanto por este mundo tonto, no pertenece a nuestra familia y no queremos saber nada más de él. Así mejor que se vaya con ese mundo duro y torpe. Entonces podemos olvidarle porque molesta nuestra tranquilidad.* Esa es la venta de José para Judá.

José no tiene nada malo en mente para vengarse de Judá. Solo le resulta incomprensible. Y cuando más tarde se convierte en rey de Mizraim, no perjudica a los hermanos, aunque ellos crean que esté tramando algo malo. Pero José solo muestra que todo es obra de Dios. Su bondad para con los hermanos *no oficiales* despierta en él la bondad para con todos, para con toda criatura. Y cuando Judá se da cuenta del mal camino que ha tomado, acude a José y se somete a él.

En la tradición judía se dice que en primer lugar viene el Mesías hijo de José. Y son los hijos de Bilha y Silpa, en primer lugar, los que luchan por la salvación. Solo al final viene el Mesías hijo de David, es decir, de Judá.

Teníamos que hablar de todo ello para poder entender el nombre de Judá en el cuarto mes, el de Tamuz. Cuando Jerusalén cae conquistado por Nabucodonosor en el año bíblico 3338, y por segunda vez bajo el mando de Tito en el año bíblico 3828, los hijos de José ya no están. Ya no estaban en el caso de Nabucodonosor.

El Reino de David y Salomón se divide, como lo cuenta la Biblia, porque Roboam, hijo de Salomón, da lugar a ello. Aunque ya antes, Salomón había sentado las bases para que sucediera. El reino del norte de las 10 tribus es el reino de José, de Efraín. El reino del sur con solo 2 tribus, es el reino de Judá.

En el caso del becerro de oro vemos que Yeh'shúa de la tribu de José, de Efraín, está con Moisés en el Sinaí. Mientras que Judá está en el campamento con aquellos que dejan que ese becerro se produzca. Es por eso que Judá está en el mes de la conquista de Jerusalén. En los dos casos es el mismo mes. En el caso de Nabucodonosor se trata del 9 de Tamuz, en el caso del emperador romano Tito del 17 de Tamuz. El 17 de Tamuz es el día del levantamiento del becerro de oro.

El cangrejo sin embargo puede ir hacia atrás. Y llega al lugar donde Judá se encuentra con José, por amor a Benjamín. Y así viene también a Jacob, a Isaac y a Abraham.

Aunque en primer lugar, en la visibilidad está el desastre. Y allí Judá está solo. Pero solo Dios, el Eterno, sabe lo que vive en el ser humano. Porque le ha creado a su imagen y semejanza. Si juzgamos y luego eventualmente condenamos a una persona, no debemos basarnos solo en lo que vemos aquí, debemos ver a la persona como Dios quiso que fuese.

No podemos saber conscientemente lo que el ser humano es en la palabra y en su lado eterno. ¿Quién puede aplicar aquí las medidas eternas? ¿Quién sabe lo que ocurre en el inconsciente? ¿No está cerrado igual que el camino hacia el árbol de la vida? Es una presunción juzgar personajes bíblicos, como Judá aquí, con medidas mundanas. Precisamente porque siempre tiene que toparse con límites, el mundo es siempre agresivo en cierto sentido. No puede entender nociones como la fe o el amor, ni tampoco a los seres humanos que anhelan estas cualidades. El ser humano es mucho más que su mente consciente; en el mundo de la eternidad está con sus antepasados, es unidad con ellos y con sus entornos.

En la herencia genética, en los genes, vemos algo de esa vida de otros tiempos. Porque la *nefesh*, el alma biológica, está unida con todo en el hatillo de la vida. Allí cada uno tiene su lugar y su tiempo. Y a pesar de todo existe una relación de todos con todos en unidad. Solo en el amor tal vez podemos percibir algo de la verdad de aquella unidad.

La tradición dice también que toda alma, también toda alma no nacida aún, está presente en la Revelación de la palabra en el Sinaí. Y puesto que Dios allí revela su palabra, significa que todo ser humano de todos los tiempos puede tener una relación con ella. En su inconsciente podría ser que tenga anhelo hacia ella. Y ese anhelo entonces dirige su vida desde su inconsciente, desde su alma divina, su *Neshamá*.

La idea del becerro de oro, del círculo, está haciéndose realidad en el mes de Tamuz, pero realmente está ya en camino en el tercer mes, en Siván. En Tamuz sin embargo, llega el día en que de verdad se presenta. Olvidamos a veces que ningún acontecimiento está aislado. El cangrejo,

sartan, quiere comerse a todos los pequeños peces. Pero Dios ha creado el mundo de tal forma que no todo pueda comerse. No todo cae a los pies de Satanás. Siempre queda un remanente.

Vemos casi siempre solo el suceso principal, no considerando que muchos otros elementos participan y allanan el camino.

Se trata de nuestra actitud frente al mundo y no si nos pasa eso o aquello. El ser humano ha llegado al mundo por amor. Puede amar a Dios y tener fe en Él. De esa dimensión se trata. Porque el ser humano es capaz de hacer brecha, de romper la ley si cree en lo imposible. Su confianza puede ser de tal calibre que cree que Dios es capaz de hacer lo imposible. Porque el amor que no pregunta por beneficios, el amor *gratis* posibilita todo, puede hacer todo nuevo. Hasta el nuevo cielo y la nueva tierra.

Ese es nuestro conocimiento inconsciente del Mesías, del ben David, del Mesías de Judá, de Tamuz. Como quiera que aparezca aquí en el tiempo; Dios conoce el agradecimiento de Judá, su dicha, su percepción constante del fundamento, de Dios. Así las cosas, el amor de Dios le conecta con todo lo que vive en la eternidad, es unidad con todos los demás que han encontrado el camino hacia Él. Está con Adán, Abel, Shet, Henoc, Noé, Abraham; pero también con todos los demás que tenían o tienen una vida diferente. Porque también sus vidas pertenecen al secreto. Toda persona tiene su lugar, su hora. También eso podemos dejarlo a Dios, confiando en su justicia.

Es a menudo difícil entender a Judá en los días del mes de Tamuz. Sobre todo por qué no siente misericordia cuando José le pide que le deje volver con su padre. ¿No es capaz de conceder a José su lugar en el mundo, a aquel que se preocupa por el destino de los dependientes? ¿Es incapaz de comprender lo que Dios le muestra a José en sus sueños? ¿Que él, el bondadoso, será el centro del mundo?

Judá goza con su dicha y olvida el anhelo de toda la criatura. Todo eso es el tramado básico del mes de Tamuz. Pero los dos lados deben unirse. Es también el sueño de los profetas que Judá y José constituyan juntos un reino, el reino de Dios. José por Yeh'shúa y Moisés en el Sinaí, y Judá en el campamento donde se prepara el becerro. Esta imposibilidad se hará posible con la llegada del Mesías, el Mesías hijo de José y el Mesías hijo de David, de Judá.

En esta conexión es importante hablar de la noción *sejut*, 7-20-6-400. Aquí se trata del *sejut* de Judá, de sus antepasados. *Sejut* significa *privilegio, mérito, ventaja*. Quiere decir que sus antepasados vivieron de tal forma que sus vidas constituyen un mérito y una bendición para nosotros. En otras palabras, la herencia procede también de las relaciones que nuestros antepasados han tenido con Dios, con el mundo, con la eternidad y la temporalidad. La ciencia conoce poco de todo eso. De la herencia del inconsciente no se sabe casi nada. Tampoco es posible estudiarlo en sentido científico. En el inconsciente está toda la vida, *nefesh*, el alma biológica, contiene todos los mundos. Conscientemente sabemos muy poco de ella.

Aquí es necesario mencionar el versículo de Deuteronomio 29,28: *Las cosas secretas pertenecen al Eterno, nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos por siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta Torá, de esta enseñanza.*

El impulso para la actuación viene de los dos lados. Solo vemos lo que aparece, pero es bueno saber que existe mucho más. Recibimos mucho, nos acompaña mucho de todo aquello que está en la fuente. Y todo ello no es mérito nuestro, es el mérito de los padres del principio. Ellos han vivido de cierta manera en su tiempo, y nosotros heredamos los beneficios.

La expresión completa es *sejut avot*, el mérito de los padres. Para nosotros, el mérito es una bendición. La raíz de *sejut 7-20-6-400* es *saj 7-20*, limpio, transparente, puro. La palabra *sakay 7-20-1-10* es ser íntegro, digno y justo.

Entendemos ahora lo que se transmite como herencia de los tiempos. Es un punto importante: se transmite la pureza, la integridad y la justicia. Si llega, estaremos justificados por ellas. Somos mucho más de lo que aparentamos. Las generaciones anteriores no han sido en vano.

Herencia, najal 50-8-30, es también la palabra *río*. Igual que el agua baja en el río, la herencia nos llega de forma natural. Ella nos purifica y nos justifica. Es difícil sustraerse de ella como tampoco es posible borrar la herencia genética. Nos viene. Pero, por supuesto, conscientemente se puede hacer de una manera u otra. Pero en el inconsciente, oculto, sigue teniendo su efecto. No tenemos culpa de que así sea.

Pero puesto que siempre vemos solo lo exterior, es posible construir teorías sobre la herencia desde el conocimiento de los antepasados. Pero es que a los antepasados que nunca hemos visto ni nunca hemos podido tomar en cuenta aquí, los conoce Dios. Él conoce lo oculto, Él actúa en lo oculto. La eternidad nos dirige, lo oculto en nosotros nos dirige. Nuestro destino, nuestra acción tiene esos dos componentes. Y las raíces a menudo están muy ramificadas y constituyen un mundo de por sí. También en lo visible.

Así debemos ver a Judá. La Biblia nos habla desde el mundo de la eternidad, que contiene también lo temporal. El becerro de oro, del tiempo de la travesía del desierto, (año bíblico 2448) sigue teniendo influencia mil quinientos años después cuando una ciudad es conquistada (año bíblico 3828). ¿Qué mérito tenían los romanos para hacer justamente eso? Jacob tiene que ver con Esaú, Edom. A Roma, en la tradición judía se le llama también Edom, otro nombre de Esaú. Cuando el Templo es devastado, siglos bíblicos después de la vida de Jacob, Esaú se libera de su dominio (Genesis 27,40). Sucede en el tiempo casi dos mil bíblicos años después.

En Judá sin embargo, tiene efecto el *sejut* de Abraham, Isaac y Jacob. Igual que en David y las personas en el mundo de hoy. Debemos entender que no solo existen los antepasados que conocemos, también existen aquellos otros que Dios conoce. Porque de pronto, alguien con los antepasados de Esaú, por ejemplo, desde la voluntad de Dios, puede entrar en el mérito de Abraham. ¿No es Abraham *el padre de la multitud de pueblos?* (Génesis 17,5). Y con Abraham, padre de los creyentes, viene toda la línea de antepasados, Judá, David, etc. Se trata de una especie de mutación de salto en el ser humano. Porque por la fe, que solo Dios conoce, todo es posible. No debemos pues juzgar únicamente según el registro civil, debiéramos saber ya que Dios puede cambiar muchas cosas.

La tradición judía sabe que Sísara, capitán del ejército cananeo, tiene como nieto a Akiba, al mayor sabio del judaísmo. Y que de Haman, de Amalek, salieron grandes sabios. También se dice que Faraón que se ahoga en el mar, es luego rey en Ninivé, en la historia de Jonás, que inicia el gran regreso. Por lo tanto, estemos siempre atentos a los milagros. La vida misma es un gran milagro. Los caminos de Dios van pasando a menudo por grandes sorpresas que deciden la dirección final a tomar.

De la misma manera no podemos nunca considerar a nuestro destino aquí como una respuesta a nuestros actos e intenciones. Porque ¿sabemos lo que sucede en nuestro Yo interno? Quizás alguna vez podamos comprenderlo, pero aquí y ahora pertenece a lo oculto que es de Dios. Quien tiene una relación de amor con Dios sabe que todo está bien, muy bien.

La vida, la vida eterna en nosotros, puede haber sido inspirada desde algún lugar del pasado, o desde una vida aún no vivida de otro lugar del todo. Lo mismo vale para grupos de personas en los que elementos comunes de grupos anteriores perviven en el verdadero sentido de una comunidad espiritual. El ser humano no está solo, ni en el espacio ni en el tiempo.

En los cuentos jasídicos (vean mi libro *36 Relatos jasídicos*) este lado oculto está incluido. El Rebbe o el tsadik se acuerdan, del todo inconscientemente. De antemano no saben lo que entrará en su consciencia. Les viene desde el hatillo de la vida, desde el lado oculto en ellos. No porque lo hayan estudiado, eso sería un obstáculo importante e inamovible. Más bien, porque saben de la bondad y del amor y porque viven y dejan vivir, les vienen momentos en los cuales el otro lado de la vida muestra su unidad con el lado de aquí. Esos son entonces los momentos en que se viven días del cielo sobre la tierra.

